

A fines de los sesenta en Chile se vivía una serie de situaciones que llegaron a configurar un ambiente de crisis como no se había visto tal vez desde los años treinta. Pensemos en los distintos procesos inéditos para Chile. Por un lado la Reforma Agraria y la desaparición de los antiguos partidos de derecha, que junto al Partido Radical coexistían con la historia republicana en Chile. También un clima de tensión política como reflejo de la Revolución Cubana. Por otra parte los acontecimientos vernáculos, como la toma de la Catedral de Santiago, que representaba una crisis de la Iglesia Católica. Por esos años hubo también la primera huelga judicial y finalmente el acuartelamiento del Regimiento Tacna encabezado por el general Viaux, la primera vez en mucho tiempo en que el Ejército manifestaba abiertamente su descontento. Desde 1967 el Partido Socialista admitía la licitud de la lucha armada para llegar al poder; en 1968, Jorge Prat diagnosticaba un vacío de poder, que a la larga tendría que ser llenado -decía él- o por el partido Comunista o por las Fuerzas Armadas. Además, las tres candidaturas presidenciales que se enfrentaban en 1970 coincidían en sostener que el sistema político no daba para más. Al tenor de esas candidaturas nada iba a seguir siendo como había sido. Todo eso era inédito para las últimas generaciones. Era un ambiente de crisis propicio para cualquier radicalismo político. A la izquierda, ya lo existía: eran el MIR y, en parte, el MAPU.

Pero en este panorama no se veía una alternativa diferente. El nacionalismo estaba ausente del panorama político chileno, y si bien había ciertas tendencias nacionalistas, estas no se dejaban ver públicamente, en la prensa por ejemplo. Los grupos nacionalistas que existían no llegaban a tener relevancia pública como para que alguien se enterara de su existencia. Jorge Prat, había renunciado a su candidatura presidencial (1964) y, luego del fracaso de su partido (Acción Nacional) en las parlamentarias de 1965, ya no era un actor político. Impulsó la creación del Partido Nacional en el 65, pero este evidentemente fue la continuación de los partidos de derecha y no un movimiento nacionalista. Prat mismo se había retirado del PN. Un grupo nacionalista, el MRNS, estaba en una “alianza independiente” con el PN; de hecho estaba incorporado a este partido, aunque manteniendo su autonomía. Por diversas razones, no resultaba atractivo. Por otro lado, Guillermo Izquierdo Araya había terminado su periodo como senador el año 61 (por un partido que en ese momento era de centro-izquierda, el PADENA) y se había retirado de la política. Sólo más tarde, en el entorno del general Viaux, conocí a antiguos militantes, “camisas viejas” del nacionalismo, como Juan Diego Dávila y Jorge Medina, que tenían una larga trayectoria de acción, no siempre legal.

En ese entonces, hablé algunas veces con Prat. Esperábamos de su parte consignas políticas, directrices, pero se mostró reticente; tal vez no quiso entusiasmar a la gente joven para mandarla a aventuras inciertas, como hizo González von Marées. En la entrevista de “Tacna” tuvo que defenderse del cargo de indecisión que le formulamos. Además, los que luego formamos Ofensiva Nacionalista éramos más radicales que Prat, si se juzga por los planteamientos moderados de, por ejemplo, “Proceso a una Democracia”.

En todo caso, había lecturas en las cuales uno podía basarse. Estaban los discursos de José Antonio, que uno podía encontrar recorriendo librerías de viejo (sólo más tarde, durante el gobierno militar, llegaron nuevas ediciones españolas), así como toda la literatura fascista de los años 30. Por supuesto, “El Mal de Chile”,

---

<sup>1</sup> Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales (1978, Universidad de Chile). Abogado (1981). Otros datos disponibles en ficha de autor: <https://www.mrns.cl/w3/index.php/biblio/60-biblioteca/ref/209-erobertsonr>



de Jorge González. En mi caso, me impresionó mucho la lectura de un pequeño libro de Héctor Sepúlveda Villanueva, “La Revolución que Chile espera”. El autor escribió también otro libro bastante sugerente, “El Mito Portaliano”, que era una reivindicación de la figura de Portales a la luz del mito de Sorel. En “La Revolución que Chile espera”, que está escrito (me parece) a fines de los años cuarenta, leí por primera vez en un contexto político sobre Miguel Serrano, me enteré más profundamente de lo que había sido el nazismo chileno, y también las expectativas y luchas del nacionalismo chileno de los años cuarenta. Eso fue un punto de partida. Entendí que había una tradición. Si me pregunta por lecturas más personales, pero que influyeron en una concepción del mundo, mencionaré la “Vida de Don Quijote y Sancho”, de Unamuno, y “La Condición Humana”, de Malraux.

La referencia a José Antonio Primo de Rivera no debe extrañar. Para esa generación todavía era muy importante la experiencia española, la Falange Española y la Guerra Civil Española. Esto no era algo aislado. En las elecciones de la FECH, que eran parte del folclore nacional, todos cantaban las canciones de la Guerra Civil Española. La izquierda cantaba las canciones republicanas, “Carmela”, “Adónde vas, morena”, y algunos replicábamos con el “Cara al Sol”.

Eso explica en parte que el primer manifiesto político que redacté tuviera mucho del “Manifiesto de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista” de Ramiro Ledesma Ramos, de ahí el nombre de nuestro grupo “Ofensiva Nacionalista”. Fundamos Ofensiva Nacionalista en 1969, un grupo -un grupúsculo- de estudiantes de la Universidad de Chile y la Universidad Católica, casi todos de Derecho. Nuestro ánimo era “refundacional” y, como suele suceder en estos casos, nos permitíamos ignorar a nuestros mayores.

Luego sucedió el acuartelamiento de Viaux. El “tacnazo” catapultó la figura del General como un líder político que perturbaba de algún modo la elección presidencial; había quienes querían que Viaux fuera candidato, lo que hubiera sepultado la candidatura de Alessandri, y quizás si afectado seriamente a Allende. En torno al general se juntó un conglomerado bien variopinto, el antiguo y el nuevo nacionalismo, algunos sectores de izquierda que no tenían mucha fe en la (cuarta) postulación de Allende. Antiguos ibañistas estuvieron allí, como Óscar Fenner, el “ideólogo” de los militares jóvenes de 1924 y de Ibáñez, y Arturo “Pitín” Olavarría, un conspirador impenitente, según los tiempos alessandrista, frentepopulistas y anticomunista de “Acha” en tiempos de González Videla, autor de crónicas políticas que conviene leer, “Chile entre dos Alessandri” y “Chile bajo la Democracia Cristiana”. Entre la gente joven, Pedro Godoy, un ex comunista pasado al nacionalismo latinoamericanista y que fue el primero en interpretar el “tacnazo” como posible expresión de un militarismo revolucionario, a ejemplo (en la época) de Perú y Bolivia; y un ensayista de talento, Ariel Peralta, autor de una obra que debió ser importante, “El Mito de Chile”. Por cierto, nuestro grupo, Ofensiva Nacionalista, que se podría decir el más radical, y la punta de lanza juvenil del “viauxismo”. Un “staff” (así se le llamó) encabezado por Gastón Acuña, gran nacionalista, antiguo seguidor de Prat en “Estanquero”, funcionario del segundo gobierno de Ibáñez, prologuista del “Proceso a una Democracia”, ganó la confianza de Viaux y pretendió constituir algo así como el estado mayor político del General.

Se suponía que Ofensiva Nacionalista iba a ser un movimiento político, pero en el hecho se consagró enteramente a Viaux. Desde mediados de 1970 todo lo que hicimos fue apoyar a Viaux en las concentraciones, repartir propaganda, editar el pasquín “Presencia de Octubre”. Nosotros suponíamos que estaba en marcha un plan para tomar el poder, tal vez a través de un alzamiento de la oficialidad joven del Ejército, entre la que se sabía había mucha simpatía por Viaux. Este golpe, suponíamos, no podía ser otra cosa que nacionalista.



El triunfo de Allende cambió el panorama político; la conspiración por el golpe iba ahora en serio, aunque con el objetivo concreto de parar a Allende y nadie podía decir si iba a ser nacionalista. Aparte de lo que se ha publicado en la prensa y en algunos estudios, no sé realmente en qué términos se tramó la alianza entre Viaux y altos mandos de las Fuerzas Armadas, como Camilo Valenzuela Godoy, comandante de la guarnición de Santiago, el hombre que “tuvo el poder” en la noche del 4 de septiembre de 1970 (la noche de la elección presidencial). Tampoco sé (porque a esas alturas yo ya estaba preso) cómo y en qué condiciones Viaux llegó a confiar en un personaje procedente de la campaña de Jorge Alessandri, como para encomendarle la empresa disparatada de secuestras al comandante en jefe del Ejército, supuesto paso previo para el golpe. La trágica chambonada que siguió, con la muerte de Schneider, hizo abortar la conspiración y permitió a los generales y almirantes involucrados echarse honorablemente para atrás. Viaux pagó por todos: estuvo preso los tres años de la UP y cinco años más con pena de extrañamiento (expulsión del país). Con él estuvieron presos su suegro y su cuñado, que sólo tenían la culpa ser parientes y de recibir a conspiradores en la casa. Los altos mandos involucrados o fueron absueltos o recibieron penas simbólicas, menores en todo caso que la de algunos civiles.

La reflexión que esto me suscita es que los dos grandes triunfos políticos de la izquierda en Chile en el siglo XX han sido a costa de sangre ajena: el Seguro Obrero (1938) y Schneider (1970). No formulo ninguna tesis, pero vale la pena considerarlo.

Con el fracaso de la conspiración todo el conglomerado en torno a Viaux se disgregó y literalmente no quedó nadie. Aunque algunos no desaparecieron sino que aparecieron, pero en la cárcel. Ahí aparece en escena Sergio Miranda. Había sido profesor de algunos de los nuestros en la Católica y yo lo conocí un poco antes de los hechos, cuando le dimos a entender que podríamos necesitar un abogado. Sergio Miranda era autor de “Recuerdos de la Guardia de Hierro”, un libro basado en la memoria efectiva de un antiguo militante legionario; fue un libro que impresionó a sus jóvenes lectores, porque ahí se veía una vía de pureza y sacrificio que era la vía del militante. Era como la historia del nazismo y el Seguro Obrero pero ampliado, más dramático, de mayor envergadura histórica y política.

Ya en la cárcel, pensábamos que había que continuar la acción política, esta vez centrada en una publicación de combate. Una vez libres, reunidos con Sergio Miranda, este apoyó la idea de sacar una revista; es más, se puede decir que tomó el control de la misma. Tenía algún dinero que se le había proporcionado para los gastos de la defensa de Viaux -pues había llegado a ser el abogado del General, ahora preso, y lo defendió gratuitamente, hasta que fue desplazado en esa función por Pablo Rodríguez-; ese dinero permitió la aparición de la revista. Miranda propuso que la publicación se llamara “Tacna” para relacionarla con Viaux (además, era un bello nombre, muy eufónico, sonaba a griego), y que Mario Tapia fuera el director y yo el subdirector. La idea de “Tacna” nació, como se ve, en una cárcel.

El “consejo de redacción” de Tacna funcionaba en la oficina de Miranda y se reducía a nuestro abogado, Tapia y yo. Miranda participaba mucho al principio, escribía casi todo con una pluma ágil y muy entusiasta; muy juvenil, diría, hasta el punto de que quien leyera algunas proclamas un tanto grandilocuentes podía pensar que los autores éramos Tapia o yo: “El Grupo Tacna ha adquirido una organicidad que nos augura para el futuro legiones”; “Que venga a nosotros quien crea sin reservas. Tenemos para cada uno un puesto en nuestras filas” (esto último tomado de Codreanu y la Guardia de Hierro). Tapia y yo, pretenciosos como jóvenes que éramos, preferíamos en cambio escribir textos más “sesudos”.

Creíamos que Viaux preso seguía siendo el líder que podía movilizar a las Fuerzas Armadas, lo que finalmente se reveló irreal. Pero evidentemente Tacna era



militarista y viauxista. Hay un estudio sobre el militarismo en Chile y América Latina de un investigador norteamericano, Frederick Nunn, que sostiene que publicaciones como Tacna y Tizona fueron importantes para permear a las Fuerzas Armadas de ciertas ideas. No estoy en condiciones de afirmarlo. Quizás influyó en ese sentido el editorial de Sergio Miranda sobre “El Estado Militar”, en el sentido que las Fuerzas Armadas actuarían orgánica e institucionalmente, esto es, no siguiendo un liderazgo personal (como el de Ibáñez o el del mismo Viaux). Esa editorial se mostró visionaria, pero por él, yo, como director responsable de Tacna en ese momento, estuve preso.

Por la fuerza de las circunstancias, Tacna fue fundamentalmente anticomunista. El enemigo principal tiene que ser el que está en el poder, o tiene más poder, y partir de esa composición de lugar se definen alianzas. Había por otra parte un público, no necesariamente nucleado por los partidos de centro y de derecha; una clase media hasta entonces apolítica, que, a lo largo del trienio de la UP, se fue sensibilizando en sentido anticomunista. Tacna podía interpretar a este público; quizás en alguna medida lo logró. Aunque no estoy en condiciones de medir la difusión de la revista.

Aquí habría que situar un cambio político fundamental. Lo que se llamaba nacionalismo se confundió en el hecho con el anticomunismo y la derecha. Hay que recordar que el nacionalismo, a lo largo de más de medio siglo de la historia de Chile, *no había sido de derecha*; más bien al contrario. El nacismo (MNS) atacaba principalmente a la oligarquía y fue víctima del asesinato colectivo del Seguro Obrero, obra de un gobierno de derecha. El nacismo se identificaba políticamente, más allá de las formas, con el APRE peruano y el partido de la Revolución Mexicana (actual PRI), partidos que por supuesto son hoy muy distintos de lo que eran en los años 30. El nacionalismo actual quizás apoye la invasión a Venezuela por los marines; en cambio, el nacionalismo de los años 50 apoyaba la revolución boliviana de 1952, apoyaba a Perón, a los nacionalistas de Pedro Albizú que luchaban por la independencia de Puerto Rico (hay que saber que los nacionalistas de Albizú son los únicos en haber entrado *disparando* a la Casa Blanca). Jorge Prat viajó a Egipto cuando Nasser nacionalizó el canal de Suez, y hay una fotografía del líder nacionalista chileno con el líder de la revolución árabe. El nacionalismo estuvo, finalmente, en una coalición “populista” con una fracción del socialismo en la candidatura de Ibáñez en 1952. Todavía, algunos nacionalistas, que habían apoyado la candidatura de Jorge Prat, votaron por Allende en 1964 (testigo de ello, el doctor Jorge Vargas). Todo esto cambió a partir de los años 70 y me temo que la situación de un “nacionalismo de derecha” se mantiene hasta hoy, aunque puede haber grupos nuevos que escapen de esta clasificación.

Sin embargo, como Tacna no era *puramente* anticomunista (a diferencia de “Patria y Libertad”), no renunciábamos a expresar viejas ideas nacionalistas, o temas literarios o ideológicos que nos interpretaban a nosotros, pero que deben de haber resultado aburridos para ese público “apolítico anticomunista” del que he hablado. Así, por ejemplo, Tacna publicó un artículo sobre el poeta y escritor francés Robert Brasillach, un tema favorito de Sergio Miranda; quizás ha sido la única publicación chilena en hablar del poeta fusilado en 1945. O hablaba sobre el gran Ezra Pound; o, en su primer número, ¡sobre Yukio Mishima!, cuyo *sepukku* estaba fresco. Otros eran estudios de actualidad internacional, como sobre el neofascismo en Italia, aporte de nuestro gran colaborador Vittorio di Girolamo. Asimismo evocaciones históricas, sobre el nacismo o sobre los fascismos europeos, que podrían parecer extemporáneas a ese público del que hablamos. Por mi parte, sostuve la afinidad de “nuestro” nacionalismo con las “revoluciones nacionales y populares” al estilo del peronismo en Argentina o del nasserismo en Egipto. Este tipo de artículos no fue bien recibido por los lectores de derecha.



Luego del 11 de septiembre nos pareció obvio que había que seguir sacando Tacna; no se sabía bien qué era el nuevo régimen (se sabe que durante bastante tiempo fue muy heteróclito políticamente), pero podíamos esperar que fuera sensible a las ideas nacionalistas. Pero Tacna no fue autorizada por la censura. Según se nos dijo, fue el general Arellano Stark, jefe de la guarnición de Santiago en el momento, el responsable de la decisión. Entiendo que los generales no quisieran una publicación con un nombre que recordaba evidentemente a un general proscrito.

Por otra parte, Sergio Miranda se restó de la iniciativa, argumentando que no tenía sentido seguir, dado que todo estaba en manos de las Fuerzas Armadas. Si ellas querían, uno podía ser llamado a colaborar, pero no había que decirles lo que tenían que hacer -creo que así se puede resumir su posición.

El último número de Tacna había aparecido en septiembre del 73. Pero ya en diciembre o enero de 1974 apareció Orden Nuevo. En el primer número publiqué un artículo llamado "Restauración o Revolución", idea sugerida (sin quererlo) por mi director de tesis, Adolfo Zaldívar, quien me observó que la idea de "restauración" (en boga por entonces; la justificación del golpe era la "restauración de la institucionalidad") tenía un sentido reaccionario. Eso puede resumir, en general, la orientación de Orden Nuevo. Naturalmente, había que cuidar el modo de decir las cosas, ya que existía la censura previa.

No puedo decir que Orden Nuevo fuera la más disidente de las publicaciones autorizadas. Pero hubo contradicciones insostenibles, las que llevaron al fin de la publicación. Económicamente dependíamos de avisos fiscales, como la Polla o Lan Chile; conseguidos eventualmente con amigos o "contactos", no en todo caso como parte de una política oficial, como alguien pudiera pensar. Pero se hizo cada vez más difícil conseguir estos avisos. Finalmente, hubo que optar: o la independencia o la sumisión sin ninguna veleidad crítica. Aparentemente, la continuidad de la revista implicaba lo último.

Por otro lado, un efecto del golpe fue que la opinión pública se despolitizara abruptamente. La gente que había leído Tacna y apoyado a los militares se decía "bueno, qué más quieren, el asunto está resuelto". Esta gente no necesariamente iba a seguir a Orden Nuevo. El nacionalismo pudo interpretar a sectores amplios de opinión antes del "11"; después, perdió vigencia; o más bien lo que se llamó así fue la simple adhesión al régimen. Esto nos recuerda que las posiciones políticas radicales florecen siempre en circunstancias especiales de crisis política. Y la política, consciente o no, del gobierno militar, consistió en la despolitización de la sociedad. Ese solo aspecto demuestra que ese gobierno nunca fue "fascista" en el sentido serio de la palabra.

Así pues, en abril del 75 Orden Nuevo deja de publicarse. Lo mismo ocurrió con otras publicaciones de la "constelación del 11 de septiembre", por así llamarla: Tizona, católica tradicionalista, y Forja, nacionalista, de la tradición del MRNS, obra de Renato Carmona. Ni siquiera se mantuvo por mucho tiempo Portada, revista fundada por un grupo afín a Jorge Prat y que cayó después en manos de los gremialistas de la UC. Hay que recordar que las revistas opositoras con apoyo internacional (Apsi, Análisis, Cauce) aparecieron sólo mucho después (años 80), y tuvieron éxito porque parte de la opinión pública se había politizado nuevamente, en sentido contrario.

Luego de Orden Nuevo me separé de mis antiguos camaradas. Con otros camaradas, en 1978 fundamos el Centro de Estudios por una Alternativa Iberoamericana (CEAI), nombre "exotérico" de "Ciudad de los Césares", que fue el nombre visible de un "boletín" interno. El CEAI quería revisar profundamente el



nacionalismo, aunque se topó con que parte de su público estuvo constituido por estudiantes universitarios que esperaban el “nacionalismo” como había llegado a conocerse: fascistoide (pero sólo en aspectos formales, quiero decir camisas y saludos), anticomunista, patriotero, pinochetiano. En este sentido, nuestro principal logro fue dar a entender a quien tenía oídos para escuchar que Pinochet no era el nacionalismo.

Por lo mismo, nuestro ánimo polémico se dirigía contra el nacionalismo que llamábamos “de intramuros del régimen”; es decir, los llamados “duros” que, en contraposición con los llamados “blandos” (los gremialistas, que sabiamente preparaban sus bases logísticas y clientelares para el “pospinochet”), preferían apoyar al régimen personal de Pinochet para no quedar fuera de juego. Los nacionalistas de “intramuros” -la Corporación de Estudios Nacionales, dirigida por una hija de Pinochet; “Viento Sur”, de Eduardo Díaz Herrera (un cacique mediático de Temuco que últimamente ha oscilado entre la UDI y el Frente Amplio); después, el MAN y Avanzada Nacional, esta última dirigida por un oficial de los servicios de inteligencia-, todos ellos, decíamos nosotros, se dejaban instrumentalizar políticamente y terminaban renunciando a los rasgos que habían caracterizado el mejor nacionalismo del pasado. El nacionalismo que nosotros admitíamos era un nacionalismo revolucionario. Así, cuando el CEAI tomó posición por el “no” en el plebiscito de 1980; cuando apoyó a Argentina en la Guerra de las Malvinas (1982); cuando concordó con Radomiro Tomic en la campaña contra la “ley minera” (1983) que ponía reservas de cobre a disposición del capital transnacional, todo ello sonaba a herejía para el nacionalismo “de intramuros”.

Para el CEAI el referente principal fue Julius Evola. Yo lo conocía desde principios de los 70 -Tacna y Orden Nuevo habían tenido algunos contactos internacionales, así llegaron a mis manos el opúsculo de Evola, “Orientaciones” y prensa del neofascismo italiano que naturalmente hablaba del “maestro oculto” de la juventud italiana. De él provino la idea de Tradición como fuerza activa y actuante y también, en parte, la crítica al nacionalismo entendido como sentimiento gregario y naturalista. Evola había hecho serias críticas al fascismo, pero en cambio aprobaba su idea de Estado. En “La Doctrina del Facismo”, Mussolini decía que no es la nación la que crea el Estado, sino el Estado el que proporciona a la nación una voluntad, es decir una existencia efectiva. Esta idea anima también la fundamental obra del historiador Mario Góngora, “Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX”, publicada en 1982, y que viene a ser una interpretación nacionalista de la historia de Chile -pero que los nacionalistas, por supuesto, ignoraron.

Y por cierto, un referente para el CEAI fue también el escritor Miguel Serrano. Miguel Serrano nos apoyó mucho, asistió a varios de nuestros actos e incluso nos pusimos de acuerdo con él para ir a votar en grupo -por el “No”, como ya dije- en el plebiscito del 80, una especie de repudio simbólico. Tuvimos algunas discrepancias, como es natural. Pero su obra, y especialmente la que publicó a partir de “El Cordón Dorado” (1978), con todo lo discutible que puede haber sido, sirvió para provocar una especie de ruptura con el medio habitual del nacionalismo moderado y modoso.

Sin embargo, el CEAI se veía despotenciado hacia 1986. Ocurrió entonces un fenómeno en cierto sentido contrario al que había vivido Orden Nuevo: el ambiente se politizaba nuevamente, reaparecían los partidos políticos y la opinión pública se orientaba hacia los “grandes frentes”, es decir los herederos de Pinochet y la oposición partidocrática apoyada desde USA y Europa occidental. Un “grupo de estudios” ya no parecía “actual” en la hora de los partidos; y una “tercera posición” entre esos frentes parecía fuera de lugar. Hubo factores internos, como la pérdida de algunos colaboradores. Finalmente, junto a otros constituimos (más bien, intentamos constituir) una “Coordinadora Nacional-Revolucionaria”. Esta no tuvo



éxito, en parte por los factores anotados, en parte porque la clientela política potencial de esta Coordinadora estaba captada, con mayores recursos, por los que parecían los partidos “serios” del nacionalismo, el Movimiento de Acción Nacional y Avanzada Nacional. Ya se sabe cómo le fue a estos.

En la coyuntura de la Coordinadora entablé una entrañable amistad y estrecha colaboración con José Agustín Vásquez, arquitecto de Viña del Mar y cabeza de un pequeño grupo que, como tantos, había realizado la evolución desde el nacionalismo pinochetiano hacia el nacionalismo revolucionario. Con él decidimos fundar una revista -ahora era posible- que tomó el nombre de Ciudad de los Césares (1988). En el hecho, la fundación de *Ciudad de los Césares* marcó el fin de la Coordinadora y también del CEAI.

Ahora bien, *Ciudad de los Césares* está fuera del marco de una entrevista dedicada al nacionalismo chileno. En parte, porque *Ciudad de los Césares* no se ha definido a sí misma como nacionalista y entiende superar lo que fue en el último tiempo el nacionalismo. *Ciudad de los Césares* es, política y culturalmente, más radical de lo que ha sido el nacionalismo en Chile, incluso si contamos en él al nacismo, tema que daría para otra discusión. Por lo demás, es evidente que las viejas temáticas nacionalistas no se encuentran en *Ciudad de los Césares*; a la vez, no todos los antiguos nacionalistas entienden la temática de *Ciudad de los Césares*.

Por otra parte, *Ciudad de los Césares* se sigue publicando, así que me excusarán Ud. y sus lectores de mayores referencias: pueden ir al kiosko más cercano y adquirir la revista para formarse su propia opinión.

Originalmente publicado en:

Videla, C. (2019). *Tierra y pueblo*. Ediciones Ignacio Carrera Pinto, pp. 281-292.

=====

Esta transcripción electrónica **no tiene objeto comercial**, y está destinada únicamente a la difusión de la obra con fines de crítica, ilustración, enseñanza e investigación, expresándose su fuente, título y autor, conforme estatuye la Ley nro. 17.336, sobre propiedad intelectual.